

City University of New York (CUNY)

CUNY Academic Works

Publications and Research

Baruch College

2021

"Quevedo y la vita Anacreontis: retórica y dialéctica al servicio de la biografía"

Adrian Izquierdo
CUNY Baruch College

[How does access to this work benefit you? Let us know!](#)

More information about this work at: https://academicworks.cuny.edu/bb_pubs/1190

Discover additional works at: <https://academicworks.cuny.edu>

This work is made publicly available by the City University of New York (CUNY).
Contact: AcademicWorks@cuny.edu

Quevedo y la *Vita Anacreontis*: retórica y dialéctica al servicio de la biografía

Rhetoric, Dialectic and Life-writing in Quevedo's *Vita Anacreontis*

Adrián Izquierdo

Baruch College, The City University of New York
Adrian.Izquierdo@baruch.cuny.edu

Resumen

La “Vida de Anacreonte”, uno de los paratextos del *Anacreón castellano* de Quevedo, es una traducción y reescritura de la *Vita Anacreontis* del humanista Lilio Gregorio Giraldi. Este artículo analiza los cambios introducidos por Quevedo a partir del texto latino, su significación dentro del conjunto paratextual, así como los recursos retóricos y dialécticos más sobresalientes del discurso judicial empleados por Quevedo para defender al poeta griego y justificar la paráfrasis de las odas al español.

Palabras claves

Quevedo, Anacreón, biografía, traducción, Giraldi, Retórica, dialéctica.

Abstract

The “Vida de Anacreonte”, one of the several paratexts from Francisco de Quevedo's *Anacreón castellano*, is a translation and adaptation of the *Vita Anacreontis* written in Latin by the 16th-century humanist Lilio Gregorio Giraldi. This article analyzes Quevedo's Spanish rewriting of Giraldi's biography, its significance within the profuse paratextual apparatus of the *Anacreón castellano*, as well as the most significant rhetorical and dialectic strategies exploited by Quevedo to defend the Greek poet and justify his paraphrastic version of the odes.

Key Words

Quevedo, Anacreon, translation, biography, Giraldi, rhetoric, dialectic.

“Solo ruego por la memoria de Anacreonte [...] que nadie lea sus obras sin ver primero su vida, que va en este primer cuaderno”. Con esta nota liminar invita Quevedo a leer la biografía del poeta griego que se propone trasladar al español para que “no por opinión común pierda su crédito autor en su estilo ilustre”. El resto de la “Advertencia” con que abre su paráfrasis del *Anacreón castellano*¹ revela con más detalle su posición como autor en su contexto ideológico:

Temeroso saco a la luz este autor de que me notarán los escrupulosos de deshonesto, porque le traduzgo siendo lascivo. Y en mí hay culpa: que, cristiano, le doy a mi lengua, mas en él no hay pecado, pues lo escribió en tiempo que era religión no solo tratar de embriagueces, sino santificar con ellas sus ídolos (119).

Quevedo, dándoles la razón, se anticipa a los posibles objetores de conciencia con una calculada *praeparatio* y dirige la mirada del lector a su labor como traductor, valiéndose de la dialéctica de la *concessio* para liberar a Anacreonte de pecado y declararse él ‘culpable’ de su propio atrevimiento². El recelo de Quevedo, hay que decirlo, radica en que la historia literaria recogía múltiples referencias a la predilección de Anacreón, poeta griego del siglo VI a. C., por los efebos y el vino. Por ello se propone restaurar el buen “crédito” de un autor antiguo muy difundido en la Europa del XVI y XVII que ha dejado una obra en “estilo ilustre” (119). En la misma “Advertencia”, al tiempo que intenta separar la obra del poeta de las costumbres de los

¹ Para el *Anacreón castellano*, véanse Castanien (1958); Bénichou-Roubaud (1960); Schwartz (1999a), (2001); Moya del Baño (2006); Pérez Jiménez (2011); Izquierdo (2013); y Mendes (2014).

² Para la *praeparatio* o *anticipatio* y la *concessio*, ver Lausberg (1983: § 854-855 y 856).

hombres de la época de Anacreón —procedimiento que se repetirá en varios de los paratextos —destaca su propio papel de transmisor de la cultura antigua a la España de su época: “En la parte que he podido, le he castigado, porque mi intento fue comunicar a España la dulzura y elegancias griegas, y no las costumbres” (119). A partir de este breve texto liminar que actuará como filtro de toda su empresa traductora, Quevedo desplegará todo su saber retórico, sustentado por una abrumadora batería de *auctoritas*, para romper lanzas por la obra del poeta griego que, según está convencido, debe su milenaria mala reputación a la “opinión común”³.

El aparato paratextual del *Anacreón castellano* recoge, además de esta “Advertencia”, la explicación del título, una *vita* de Anacreonte, una dedicatoria al duque de Osuna y tres composiciones poéticas neolatinas de Tribaldo de Toledo, Jerónimo Ramírez y Vicente Espinel. Hay que aclarar que, debido a que el texto solo circuló de forma manuscrita y no se imprimió hasta finales del siglo XVIII, no lleva las tasas, licencias, privilegios ni aprobaciones que habrían hecho del ya copioso aparato paratextual uno mucho más nutrido. El descriptivo título —*Anacreonte castellano, con paráfrasis y comentarios según el original griego más corregido con declaración de lugares dificultosos*— indica cuál es el método traslativo por el que se decanta Quevedo, del cual se desprende que no siguió, dentro del amplio marco de la *imitatio* retórica, una traducción literal ni libre, sino una paráfrasis con una marcada intención filológica⁴. Este método traslativo le permitirá desenterrar motivos filosóficos que cree percibir en las odas, rehacer todo el conjunto poético a partir del modelo antiguo y servirse de los poemas para practicar la *aemulatio*. La breve dedicatoria al duque de Osuna, de quien es conocida su larga relación, evidencia la particular dependencia socioeconómica

³ El uso de técnicas retóricas en la abundante obra de Quevedo es un fenómeno conocido y estudiado. Ver, por ejemplo, López Grigera (1998) para la *Rétorica* de Aristóteles en el Renacimiento y en la obra de Quevedo en particular; y Azaustre (1997), (2000), (2003) y (2005) para los usos retóricos en varias de sus obras en prosa y verso.

⁴ Ver, para las paráfrasis bíblicas en Quevedo, Núñez Rivera (2006). Para la paráfrasis en el *Anacreón*, Izquierdo (2013), (2019); Mendes (2014).

de los escritores del Siglo de Oro a un noble y reitera la intención tanto divulgativa, dar a conocer a un poeta famoso “en todas las lenguas, y no visto en la nuestra”, como la filológica presente en el título, es decir, añadir “más copiosos comentarios” y “muchos lugares declarados (no advertidos jamás)”.

Los tres epigramas que le siguen a la “Advertencia”, junto con la dedicatoria a Osuna, son indicios importantes de la gran cofradía de letras que conformó lo que Gutiérrez ha estudiado como el “primer campo literario español”, en cuyo seno se ha de enmarcar la producción del *Anacreón castellano*⁵. El primero de estos epigramas latinos, “Pro Anacreonte Apologeticum”, del importante hombre de letras Luis Tribaldos de Toledo, es una hinchada defensa del viejo poeta heleno, como también lo es el segundo, “De Anacreonte, poeta, a Don Francisco de Quevedo, in Hispanam Linguam verso, et a calumnia defenso”, compuesto por el licenciado Jerónimo Ramírez. La composición de este conocido latinista, además de atenuar las falsas acusaciones morales al viejo poeta (“diluat ut tanti crimina falsa viri”) representa al propio Anacreonte designando, más allá de fronteras de los siglos y la lengua, al español Quevedo como receptor de la antorcha de su vena poética: “Donec Quevedus, saeculi decus huius et Alpha, / (Seu genus, ingenium seu magis ac repetas)”. El tercer epigrama prologal es del conocido escritor y músico Vicente Espinel, y destaca la función de la traducción como transmisora de la literatura y conocimiento antiguos al presente castellano así como la unidad de espíritu entre los versos de Anacreón y los de Quevedo. Para Espinel, es como si, por medio de una transmigración de almas o metempsicosis —idea esta no pocas veces asociada a la práctica de la traducción⁶— el uno se reencarnara en el otro: “Qui legit Graecos, credat legisse QUEVEDUM: / Qui legit Hispanum, Anacreonta legit” (138).

⁵ Para ese campo, que surge aproximadamente entre 1598 y 1615, y los hechos literarios, sociales y políticos que los caracterizan, ver Gutiérrez (2005).

⁶ Tal es el caso, por ejemplo, del francés Nicolas Perrot D'Ablancourt, que así lo señala en el prefacio de su traducción de Tucídides: “[C]e n'est pas tant icy le portrait de Thucydyde, que Thucydides luy mesme, qui est passé dans un autre corps, comme par une espece de Metempsychose, et de Grec est devenu François”, (1662: sin página).

A estos epigramas laudatorios le sigue una “Vida de Anacreonte” que Quevedo reconoce haber extraído de los “IX libros de Lilio Gregorio Giraldo en la *Historia de los poetas*”, añadiendo, fiel a la intención moralizadora anunciada en la “Advertencia”, que dicha historia ha sido “corregida y aumentada en disculpa de Anacreonte, con autores y conjeturas” (121). Giraldo (o Giraldi), uno de los humanistas más célebres del XVI europeo, compuso obras mitográficas y de historia literaria muy leídas y citadas en su tiempo como la *Historia gentium, De poetis nostrorum temporum* y la *Paraenesis adversus ingratus*. La *Historiae poetarum tam Graecorum quam Latinorum dialogi decem* (Basilea, 1545), el libro a que hace referencia Quevedo, es una compilación de las biografías de poetas griegos y latinos con datos diversos recabados de la tradición heredada de la Antigüedad, en particular de la enciclopedia bizantina *Suidas*. Esta *vita* de Anacreonte compuesta por Giraldi fue también el texto que Henri Estienne, editor y traductor de la poesía anacreóntica en la segunda mitad del XVI, incorporó en su *Pindari Olympia, Pythia, Nemea, Isthmia, caeterorum octo lyricorum carmina*⁷ como preámbulo de la poesía de Anacreón que incluyó en esta colección. Fue esta edición de Estienne —y no la basiliense de Giraldi de 1545— la que utilizó Quevedo para corregir y ‘aumentar’ la *vita* del poeta (Bénichou 1960: 60). Este es otro ejemplo, de los muchos que abundan en la obra de Quevedo, del uso de la traducción indirecta o mediada para construir o reescribir algunos de sus textos, en consonancia con la praxis de la *imitatio* retórica, de la que la traducción es un componente inseparable.

Las noticias que de Anacreón, uno de los grandes líricos de la Antigüedad, conocían los hombres de letras renacentistas y barrocos como Quevedo eran pocas, contradictorias y fragmentadas. Estrabón, en su *Geografía*, ubica al poeta en Teos, Tracia, alrededor

⁷ *Pindari Olympia, Pythia, Nemea, Isthmia, caeterorum octo lyricorum carmina: Alcaei, Sapphus, Stesichori, Ibyci, Anacreontis, Bacchylidis, Simonidis, Alcmanis, nonnulla etiam aliorum* Paris, Henri Estienne, 1560. Como ha demostrado Bénichou (1960), para componer la *vita*, Quevedo se valió de esta edición de Estienne. De la *Historiae poetarum* de Giraldi, por ejemplo, se sirvió, décadas antes, Fernando de Herrera para sus comentarios a Garcilaso (Morros, 1997).

del año 570 a. C y Eusebio en el segundo año de la 62da Olimpiada (532-529 a. C.). De su exilio a raíz de la invasión persa y su estancia en la corte de Polícrates, el tirano de Samos, refirieron algunos datos Heródoto y Estobeo. Es de este periodo de la vida del poeta al que pertenece la mayor parte de su producción poética que resalta la belleza de jóvenes llamados Esmerdia, Cleóbulo, Megiste, Sinalo y Pitomandro. Luciano, por su parte, refiere la supuesta longevidad del poeta, y tanto Valerio Máximo como Plinio el Viejo relatan la anécdota, muy probablemente apócrifa, de que murió asfixiado por una uva (y que Quevedo interpola en el texto de Giraldi). Máximo de Tiro transmite el episodio en el que Anacreón, ebrio y tambaleante, maldice a un niño que, por cosas del destino, se transformaría en el bello mancebo Cleóbulo, que tantos versos inspirara al viejo Anacreón. Otros indicios de su atracción por la “ilícita y varonil lascivia” (123), como la describe Quevedo, los aportan Ateneo y Antípates. Critias lo asocia con los excesos simposiásticos, al igual que Simónides, Antípater y Dioscórides. Entre sus defensores tempranos se encuentra el propio Ateneo, quien refutando las opiniones de Critias, matiza la propensión del poeta por el vino. Claudio Eliano también lo excusa de tales excesos y refiere, en defensa del heleno, el incidente de celos entre Polícrates y Anacreón por el joven Esmerdia. Dicho episodio fue transmitido también por Favonio, recogido en la *Antología* de Estobeo, autor de una miscelánea de textos de la antigüedad griega con sesgo moral y filosófico⁸, y también por la *Variae Historiae* de Eliano, de donde la extrae Quevedo. Por su parte, la *Suidas*, que concentra la gran mayoría de estas referencias, ofrece muchas de las variantes del nombre del padre de Anacreón (Escitino, Eumelo, Partenio o Aristócrito), las posibles fechas en que viviera el autor (alrededor de la 62da o la 65ta Olimpiadas, celebradas en el siglo VI a. C.) y destaca que escribió en dialecto iónico. Otras conocidas referencias al poeta aparecen en las *Tusculanas* de Cicerón (“nam Anacreontis quidem tota poesis est amatoria”), los

⁸ Para el uso de la *Antología* de Estobeo en el *Anacreón castellano* y las citas de Homero que extrae de ella, ver Moya del Baño (2006a: 372-373). Quevedo pudo haber consultado la edición bilingüe de *Ioannis Stobaei Sententiae ex thesauris graecorum delectae* (Tiguri, Froschoverus, 1543).

DIALOGVS IX, 1008.

hoc est, ἱερομα ἀβάναι, Laconem tum quendam statim subintulisse, citò Græciam funditus ruituram, si huiusmodi, inquit, fulciatur sustentaculo. atq; hæc quidem in præsentia de Pindaro. Tu uerò Piso quæ de illo Fabius, iam recita. Et Piso: Nouem, inquit, lyricorū longè Pindarus princeps, spiritu, magnificètia, sententijs, figuris, beatissima rerum uerborumq; copia, & uelut quodam eloquentiæ flumine: propter quod Horatius eum merito credidit nemini imitabilem. hæctenus Fabius. Sed & plurimum Horatijs carmine celebratur. Rectè dixisti, inquam, Piso: nam & Arcefilaum maximum philosophū dicere solitum accepimus, Pindarum poëtam idoneum esse præcipuè uerborū uocem implere, ac eorū copiam præbere. Sed præter hunc Pindarum alter etiam fuit huius sororis seu fratris filius, & ipse Lyricus poëta, Scopelini filius, cuius (ut scribit Suidas) cum Alexander Thebanos omnes, præter sacra & sacerdotes, captiuos faceret, ædes & posteros ac domesticos seruauit, ob prioris Pindari memoriã. Arrianum citat Suidas, cuius hæc ferme sunt uerba in primo: Parsum est, inquit, in direptione Thebarum unius Pindari poëtae tectis ac posteris in honorem Musarum. Sed iam de his satis. Post Pindarum erat Anacreontis imago, cuius pater Scythinus dictus, à quibusdam Eumelus, ab

YY 5

Fig. I. Página de la *Historiae poetarum tam Graecorum quam Latinorum dialogi decem* de Giraldi (Basilea, 1545), donde comienza la *vita* de Anacreón.

Amores de Ovidio (“*vinosi Teia musa senis*”), y en sus *Tristia* (“*cum multo Venerem confundere vino*”)⁹.

La *vita Anacreontis* que traduce y adapta Quevedo de la de Giraldi pertenece al subgénero de las *vitae poetarum* que se concebían fundamentalmente para colecciones humanísticas como la de Giraldi, o para servir de textos liminares en forma de retratos individuales, como el de la edición de Estienne, o en dedicatorias, cartas, o panfletos políticos¹⁰. La biografía fue uno de los géneros historiográficos más frecuentados del humanismo italiano y tuvo una fuerte presencia en las letras clásica, medieval y renacentista europeas, desde los textos biográficos griegos y latinos de Plutarco, Suetonio, Cornelio Nepote o Diógenes Laercio, pasando por las vidas de santos y los *accessus ad autores* medievales, hasta las colecciones de vidas de poetas y pintores de los siglos XIV y XV. La colección de diez textos de Giraldi sobre la vida de autores griegos y latinos es precisamente una de las primeras compilaciones renacentistas de este tipo. Otros italianos como Sicco Polenton, autor del *Illustribus scriptoribus linguae Latinae*, Guglielmo da Pastrengo, autor de *De viris illustribus*, y Filippo Villani, con *Le vite d'uomini illustri fiorentini*, marcaron el curso de un género humanístico que habían inaugurado Petrarca (*De viris illustribus*) y Boccaccio (*De Casibus virorum illustrium*) en el siglo XIV. La compuesta por Giraldi para su colección de *vitae*, pasa a ser, tanto en la edición de 1560 del conocido impresor y traductor francés Estienne (la mencionada *Pindari Olympia, Pythia, Nemea, Isthmia, caeterorum octo lyricorum carmina*) como en el manuscrito del *Anacreón castellano* de Quevedo de 1609, un retrato biográfico paratextual.

Sin embargo, debido a la naturaleza fragmentaria y exigua de las referencias a Anacreonte, y a la flexibilidad propia del género biográfico, el texto de Giraldi no puede seguir de cerca las líneas maestras del discurso encomiástico prescrito por los tratados retóricos

⁹ Para los datos biográficos de Anacreón seguimos principalmente los datos que ofrece Edmonds en *Lyra graeca* (1927: 121-137); y Rosenmayer (1992: 12-22).

¹⁰ Para las diversas formas que podía adquirir el género de las *vitae*, ver Mayer and Woolf (1995: 13-16).

más influyentes de la tradición grecolatina. Si bien Giraldis recoge los hechos antes, durante y después de la vida del biografado (*ex tempore quod ante eos fuit; ex tempore quo ipsi vixerunt; ex tempore quod est insecutum*)¹¹, escasean las informaciones relativas a los *argumenta a persona* (*genus, natio, patria, aetas, educatio e disciplina, fortuna, conditio, animi natura, studia...*) del heleno. Su biografía, en resumen, se compone casi en su totalidad de retazos sueltos que autores e historiadores antiguos, como hemos visto, fueron transmitiendo, reinterpretando y repitiendo por más de un milenio.

Abre Giraldis su *vita* situando a Anacreonte en el panteón de los poetas antiguos en relación con uno de sus más conocidos y renombrados compatriotas, Píndaro (“Post Pindarum era Anacreontis imago...”), idea que enlaza seguidamente con breves argumentos relativos a su patria y familia, marcando la carencia de datos de que dispone: “Fuit uero Anacreon, autore Strabone, Teius...”. Corroboración el dato de Estrabón sobre el origen teyano del poeta con los de Porfirio, Horacio y Ovidio y, con un abrupto corte, se adentra en la vida del sujeto (*ex tempore quo ipsi vixerunt*), examinando principalmente las noticias sobre su inclinación por los efebos y el vino. La construcción de las frases latinas enfatizará la naturaleza indirecta de las informaciones que maneja, y así lo hace al referir, por ejemplo, los amores del poeta por Batilo: “pusionem enim Bathylum Anacreon amasse traditur”. El resto del texto Giraldis lo construirá enlazando fuentes, autores y opiniones, poniendo muchas en duda (“De hoc vero puero Cleobulo historiam, si non fabulam potius...”; “ut opinor, adhuc extat Leonidi poete Carmen...”); incorporando versos de autores como Horacio y Dion para apoyar ciertas posturas; o sirviéndose del poema de un contemporáneo suyo, el ferrarense Celio Calcagnini, para ensalzar la fama póstuma de Anacreón, como era prescriptivo al concluir las *vitae* (*ex tempore quod est insecutum*).

De este diverso tapiz biográfico compuesto por Giraldis se sirve Quevedo, en calidad de jurista, para, a su vez, reescribir un texto

¹¹ Para un resumen de los preceptos de Quintiliano para la alabanza y vituperación de las personas, ver Lausberg (1983: § 245).

que, si bien sigue de forma muy general la *dispositio*, se transforma en sus manos en un verdadero alegato de defensa de la vida del poeta: el defendido, el poeta heleno Anacreón; el acusador, el maldiciente humanista y biógrafo Lilio Gregorio Giraldi. Apoyándose en los elementos de la oratoria del género judicial, y mediante una serie de *confutationes* que buscan impugnar las que Quevedo considera calumnias levantadas en contra de Anacreón, las tres *quaestiones* o puntos de controversia que tratará, el meollo del discurso biográfico, puede resumirse así: ¿amó Anacreón a los mancebos? ¿era borracho el poeta griego? ¿creía en la inmortalidad del alma? Quevedo usa la *vita* de Giraldi como hilo conductor, y sigue la secuencia del *exordium*, del que traduce los datos relativos al origen del poeta; prosigue con la *narratio* y *argumentatio*, donde expone los hechos y articula los razonamientos que sostienen su postura y refutan la opinión contraria; y concluye con la *peroratio*, donde recapitula el discurso “en disculpa de las calumnias de Anacreonte” (134) con el fin de mover el ánimo de los lectores de su manuscrito, a quienes pone de jueces del caso¹². Siguiendo el hilo del texto de Giraldi, irá interpolando comentarios o cercenando fuentes y opiniones. Algunos fragmentos que elimina de la *vita* de Giraldi, por ejemplo, aparecerán en forma de comentario de las odas, como es el caso de una anécdota que inserta en las glosas de la Oda XXIII (272)¹³.

Lógica y retórica, en este texto de Quevedo, se harán una sola para manipular la *inventio* del texto que traduce y reescribirlo de manera que se alinee con el paradigma moral y religioso de la España contrarreformista en la que vive, desacreditando siglos de tradición literaria e introduciendo nuevos datos con los que quiere convencer

¹² Para un resumen de las partes del discurso, ver Lausberg (1983: § 262).

¹³ “Anacreón confirmó con su vida lo que dicen estos versos”, dice Quevedo refiriéndose a la Oda XXIII, “Si grande copia de oro recogida”. La anécdota en cuestión relata cómo el poeta, tras recibir de Policrates dos talentos, se los devuelve diciendo “No estimo yo tanto estas cosas, que quiera por ellas vivir atormentado” (272). Estamos, además, ante otro ejemplo de imbricación de texto y paratextos, como hemos visto antes al mencionar la Oda XVIII, donde nos decía Quevedo: “Anacreonte, fingiéndose ebrio (como hemos probado en su vida) sin serlo, pide vasos copiosos” (248).

a sus lectores de que reconsideren la vida y obra del poeta tal y como se ha venido contando. Como se sabe, Aristóteles iguala retórica y lógica o dialéctica, y considera que, como formas de argumentación, ambas están basadas en una facultad natural que poseen todos los humanos y que ambas son aplicables a todo tipo de razonamiento¹⁴. Al ser retórica y dialéctica indiferentes a la verdad o la falsedad, el orador se ha de decantar por la una o la otra, y eso es precisamente lo que hace Quevedo a lo largo de este texto, al proponerse establecer la falsedad de los argumentos que recoge Giraldi y disputarlos con autores, fuentes y opiniones contrarias. Según los preceptos retóricos, la clasificación de una *quaestio* da lugar a la tipología de los *status*, es decir, la esencia de la disputa o controversia, los cuales a su vez se sistematizan en cuatro movimientos tácticos: *status coniecturae*, *status finitionis*, *status qualitatis* y *status translationis*. Estos, a su vez, se sintetizan en la pregunta que tiene que hacerse el juez ante las declaraciones contradictorias de las partes. El primero, el *status coniecturae* o conflicto de conjetura, que es el que plantea Quevedo, tiene la misión de comprobar los hechos y, por ende, la indagación ha de llevarse a cabo precisamente mediante suposiciones o conjeturas¹⁵. Como señalaba Quevedo en el título, enmendará la *vita* de Giraldi “con autores y conjeturas”, de ahí que las formas de argumentación fundamentales se basen en la acumulación de *auctoritates* diversas y en el abundante uso de entimemas o silogismos retóricos, el recurso retórico de mayor valor probatorio a su alcance para esta empresa.

Como es conocido, los pedagogos renacentistas proponían a sus alumnos una diversidad de ejercicios que iban desde las descripciones de paisajes o fenómenos naturales, las traducciones del griego al latín, la prosificación de versos, la transmutación de géneros, la composición de epigramas o epitafios hasta el acopio de frases o argumentos para defender dos posturas de un mismo asunto. Quevedo,

¹⁴ Ver, por ejemplo, Aristóteles (2007), Book 1, 1354a1-1354a3. Ver también Kennedy (1999: 95-97).

¹⁵ Para las *quaestiones* y sus múltiples subdivisiones, ver Lausberg (1983: § 66-138). Para un resumen, ver Azaustre (2011: 19-20).

conocedor de estos ejercicios retóricos, sabía cómo explotarlos. En este caso, en virtud de lo *aptum* o de la concordancia de todos los elementos que componen el discurso, y con el fin de hacer compatible la *utilitas causae* con la opinión del juez, en este caso los posibles censores y lectores, Quevedo quiere establecer la verdad o la credibilidad de su punto de vista¹⁶. Educado en la revolución ramista en la que la retórica se centraba en la *elocutio* y dejaba a la dialéctica la búsqueda y organización de los tópicos y argumentos, Quevedo no solo defenderá su tesis, sino que también echará por tierra la opinión de Giraldi, añadiendo a la justificación de sus argumentos de probabilidad (el medio de persuasión que más explota) otros que demuestran la parcialidad del compilador renacentista. Además de las ediciones originales de textos antiguos que pudo consultar Quevedo, o sus propias anotaciones a partir de lecturas individuales, las polianteas, *summae*, catálogos, diccionarios, florilegios, misceláneas y antologías (como la de Giraldi) eran instrumentos imprescindibles para construir cualquier discurso durante los siglos XVI y XVII (Moss, 1996) (López Poza, 1990 y 2000). Los libros de lugares comunes para la consulta o recuperación de citas constituían un modelo de expresión y reflexión que se adquiría desde las primeras letras y acompañaba a los escritores toda la vida, igual que hoy en día estamos acostumbrados a consultar diccionarios, enciclopedias o compendios virtuales. Uno de los rasgos característicos de esta defensa de Quevedo es precisamente su explotación selectiva de dos de las antologías más usadas en su tiempo: la *Variae Historiae* de Claudio Eliano y *los Deipnosophistae* (o “La cena de los sofistas”) de Ateneo de Naucratis¹⁷.

ANACREÓN, “AMANTE DE ILÍCITA Y VARONIL LASCIVIA”

Tras el breve exordio que traduce de Giraldi y al que nos hemos referido, Quevedo se enfrenta al punto más espinoso de la *argumentatio*: “Porque dicen que a Batilo Pusión amaba Anacreonte”. Su

¹⁶ Para el *aptum*, ver Lausberg (1983: § 258); y la *utilitas causae* (1983: § 63).

¹⁷ Para Quevedo y Ateneo, ver Schwartz (1999b).

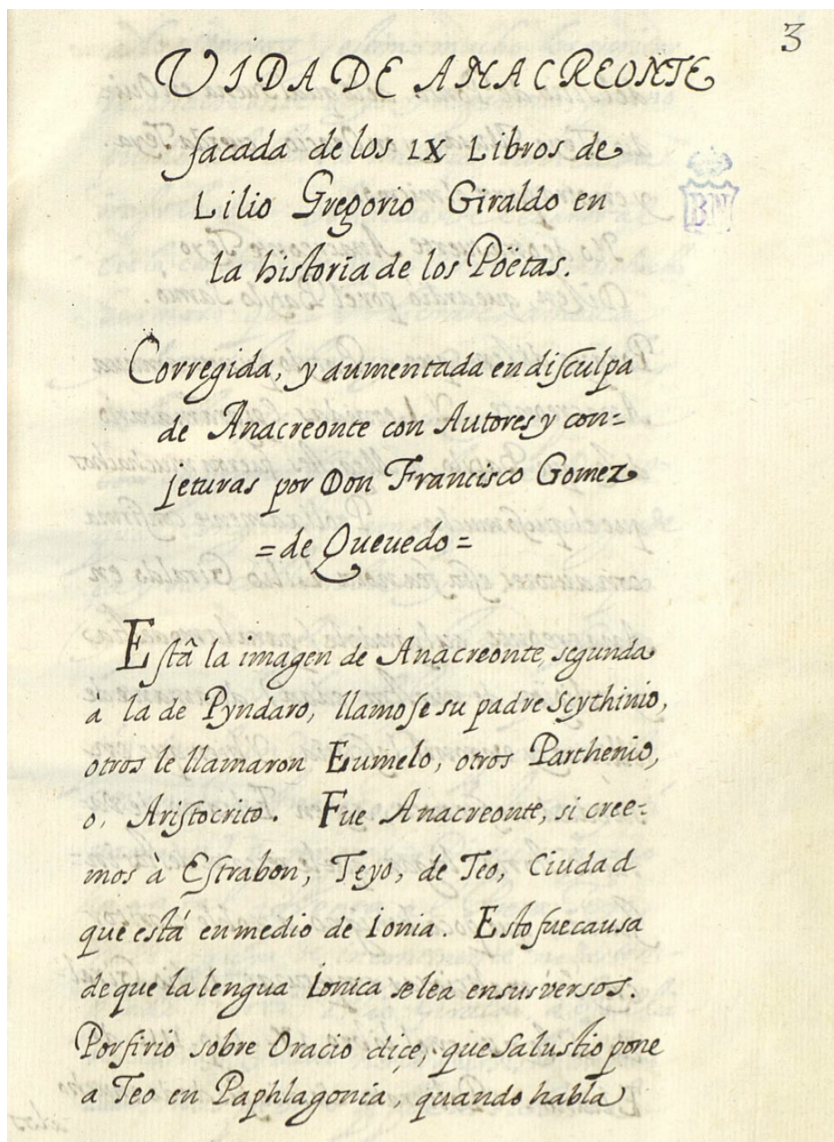


Fig. II. Página de la “Vida de Anacreonte” del manuscrito 17529 de la BNE.

arma defensiva principal en esta primera sección será el *De varia historia* del romano Claudio Eliano (ca. 175- ca. 235), fuente que no figura en la *vita* compuesta por Giraldi. En esta miscelánea, Eliano transmite, en el capítulo cuarto del libro IX (Elianus, 1647: 160-161), el episodio de celos entre Polícrates y Anacreón por el joven Esmerdia y que Quevedo traduce casi en su totalidad por considerarlo “un lugar que le rescata de estas injurias” (123). Quevedo prefiere la versión de Eliano de este episodio, que interpola en el texto de Giraldi y no la que transmiten Máximo de Tiro y Ateneo ya que, según Eliano, las alabanzas que Anacreón escribiera del bello Esmerdia fueron correspondidas con el mayor respeto y decoro. Según el episodio, Polícrates, celoso, ordenó al joven cortarse los cabellos para ultrajarlo e incordiar a Anacreón, pero este esquivó el ultraje prudentemente responsabilizando a Esmerdia por haber osado atentar contra su preciosa cabellera. Aprovecha Eliano para rechazar enfáticamente cualquier tipo de interpretación inmoral: “Nemo enim, per deos hanc calumnian impingat Teio poetae” (1647: 160). La traducción e inclusión por parte de Quevedo de este pasaje destaca el sesgo moral que ya era manifiesto en el romano: “...el muchacho, agradecido a estas alabanzas, reverenciaba y respetaba en primer lugar a Anacreonte, el cual con grande amor quería su agudeza y sus costumbres, y no su cuerpo” (124). En esta primera sección de la *vita* se acumula el mayor número de expresiones de agravio contra Giraldi, a quien Quevedo tacha de “poco benigno”, responsable de “maliciosas conjeturas”, antes de concluir: “Por ti, Lilio Giraldi, alzó Eliano la voz, y aun no le quisiste oír: mas pienso que fue desdicha del poeta que malicia tuya” (124). Quevedo contrapone las bondadosas acciones del romano antiguo (“¡Oh piadoso Eliano!”) con las perjudiciales del italiano con el fin de persuadir y mover al lector, de ahí la acumulación de figuras afectivas como exclamaciones y apóstrofes. Para corroborar la opinión de Eliano enlaza ahora con una cita de un texto de Favonio (referido por Estobeo) y termina con unas líneas de Apuleyo. A todos estos lugares, concluye, “estuvo sordo el docto y cuidadoso Lilio Gregorio” (126).

A la *probatio*, o “parte positivamente probatoria de la *argumentatio*” que hace Quevedo, por lo tanto, le seguirá una *confutatio* o refutación de los argumentos de Giraldi, y dada la magnitud de esta

primera *quaestio*, no da por concluido el asunto e introduce nuevos argumentos con un “Además de esto” (126)¹⁸. En este punto Quevedo deja de rebatir al italiano para seguir su propia disquisición, esta vez con otros argumentos dialéctico-retóricos y la inclusión de algunos versos de las odas que él mismo traduce. Si la “sospecha” nació de la alabanza que el poeta prodigó a los muchachos, no por ello se ha de entender que fuera su amante, concluye, y basando su esquema argumentativo en la analogía, establece una similitud con aquel que “alaba la hermosura de un caballo, o la de un toro”: “Y adviértase que cuando Anacreón pinta a Batilo en sus obras, no dijo más de que pintasen su hermosura” (126). Este tipo de silogismo retórico será una de sus armas más recurrentes de su defensa. El canto a la hermosura lo extiende ahora a las mujeres (“quizá era Eurípile, pues dicen que la amó”, nos dice), y ese dato, que figuraba en Giraldi, lo sustenta con argumentos de probabilidad citando los versos parafraseados por él, lo que le permite concluir: “Y en todas las obras tuyas se ve que amó mujeres claramente, y que fue perdido galán suyo” (127). Como si no bastaran la autoridad de Eliano, la analogía dialéctica con toros y caballos y las referencias que extrae de sus propias paráfrasis de las odas, añade otro “demás desto” cerrando la *quaestio* con otra conjetura: “ninguno de los que fueron dados a la ilícita Venus lo disimularon, antes hicieron gala y precio dello”. Para demostrar este concluyente punto, remite a la obra de Platón y Sócrates, y ofrece los ejemplos de Orfeo (“el primero que escribió contra las mujeres a favor de los muchachos”) y de Aquiles Tacio de Alejandría, este último, apunta, también “manchado con este pecado” (127). Es decir, debido a que Anacreón no se jactó nunca de haberse dado al placer ilícito con mancebos, cabe concluir que no lo practicó.

La lógica retórica del discurso de Quevedo, como apuntan estos argumentos, busca desentrañar lo honesto y, a la manera de Quintiliano, demostrar que Anacreón era un “vir bonus”¹⁹. Es la

¹⁸ Para la *dispositio* del discurso, en particular la *probatio* y la *refutatio*, ver Lausberg (1983: § 262 y § 348).

¹⁹ Quintilianus (1920-1922: XII.1.1): “Sit ergo nobis orator quem constituimus is qui a M. Catone finitur vir bonus dicendi peritus, verum, id quod et ille posuit prius et ipsa natura potius ac maius est, utique vir bonus”. Boccaccio, en su *Genealogia*

misma idea que vehicula el poema neolatino “Pro Anacreonte Apologeticum” de los paratextos antes mencionado, que termina calificando al griego en esos mismos términos, “vir bonus”. Como se ve, son varios los entimemas aristotélicos a los que recurre Quevedo para refutar las opiniones de Giraldi, los cuales, conjugados con el uso de autoridades intelectuales son sus armas fundamentales de persuasión en las que, en ocasiones, más que la relación directa entre fuente e idea, se vislumbra a un Quevedo que hace gala de su notoria habilidad retórica. Hoy en día, alejados de estos usos retóricos, no han de alarmarnos por ingenuos, forzados o desesperados estos silogismos retóricos quevedianos ya que la finalidad de dichos argumentos de probabilidad, particularmente en el marco del conflicto de conjetura del género judicial, eran lograr la verosimilitud, y no la certeza absoluta del hecho.

ANACREÓN, NI DESORDENADO NI BORRACHO

Concluida la primera *quaestio*, Quevedo retoma el hilo de las fuentes de Giraldi para detenerse en el *status* o conflicto de la segunda: “En lo que toca a desordenado Anacreonte, y borracho, tengo por disparate creer que lo fuese” (128). Articula su argumento en torno a un dato transmitido por Luciano de Samosata sobre la longevidad del poeta griego, que vivió ochenta y cinco años: “Pues si fuera tan desordenado en el vino, no saliera aun de la mocedad...” (128). Si en la primera cuestión se apoyaba fundamentalmente en el “piadoso” Eliano para contrarrestar al “maldiciente” Giraldi, para esta recurrirá al peso de la ciencia médica de Paracelso como argumento basado en la probabilidad, autor del que traduce un extenso pasaje de *De contractura* sobre los efectos dañinos del vino para incorporarlo a la *vita*. Vuelve en este punto a invocar la autoridad de Ateneo, que opinaba que Anacreón —*sobrius esset ac prudens*— o “cuerdo y templado”, en versión de Quevedo, (129) fingía la ebriedad en sus poemas. Estos dos adjetivos, que apuntan a cualidades

Deorum Gentilium, retoma esta idea de defensa de la poesía y del poeta moral. Ver Lausberg (1983: §32).

neoestoicas, se contraponen a los de la *quaestio* que trata en esta sección (si el poeta era “desordenado” y “borracho”). La refutación del cargo de embriaguez no se limitará a la biografía del heleno ni a los demás textos liminares, sino que la continuará desarrollando en los comentarios de las odas, hecho que corrobora la trabazón de los paratextos con el conjunto de las odas. Tal es el caso de las glosas de la Oda XVIII, donde nos dice: “Anacreonte, fingiéndose ebrio (como hemos probado en su vida) sin serlo, pide vasos copiosos” (248). En esta segunda cuestión, reitera la ‘sordera’ del italiano (“Contigo habla también Ateneo, Lilio Gregorio, mas a tantos doctos fuiste sordo”) (129) y, distanciándose de él, prosigue con demostraciones dialécticas muy semejantes a las de la *quaestio* precedente: “que llamar borracho a Anacreonte ha de entenderse del modo cuando dicen ‘*vinosus Homerus*’ ya que Homero mereció ese epíteto por alabar el vino, no por beberlo; que “no porque Luciano alabó la mosca ni Ovidio la pulga se ha de entender que gustaba dellas” el primero, o que el segundo “se entretenía con ellas en su aposento y que no huía dellas”; que estos son todos asuntos “de valientes ingenios”, en particular el “de beber más alegre y más natural aun en la parte demasiada” (129). Con un breve *excursus* casi etnográfico apunta que este hábito, el de beber demasiado, los españoles lo imitan de Flandes. Si reconoce que son muchos los antiguos que refieren los excesos del poeta heleno, conjetura que ello se debe a que, dada su vejez extrema, el poeta escribía para alegrar sus ancianos años:

Quizá, si hay tras tantas autoridades lugar a las conjeturas, fue causa el ser viejo, cuando escribió los más destos versos, de escribir por aliviar el cansancio de la edad cosas alegres de vino y muchachos, y niñas y danzas, pues son las cosas de que solo gustan los viejos (129).

Esta segunda cuestión también merece el acopio de más fuentes antiguas, a las que recurre para demostrar la “humildad” y “cordura” del poeta, con frases de Arsenio, Leónidas, Estrabón, Eusebio, Heródoto y la *Suida*. Una vez terminada esta segunda defensa, Quevedo retoma el hilo de la *vita* de Giraldi traduciendo unas breves líneas sobre los *argumenta a persona*: las fechas en que viviera el poeta, en tiempos de la Olimpiada 61ra, la 62da o 65ta, su exilio a

Tracia y lo que se conocía de su obra. Siguiendo las líneas rectoras de la escritura de vidas (*ex tempore quod est insecutum*) se detiene en esta última, destacando que el griego fue autor de himnos, elegías y yambos, y que se le atribuye la paternidad de la *Rhizotomica*, de un poema amoroso sobre Penélope y Ulises y del instrumento musical llamado ‘barbitón’ (132). En este punto corta Quevedo del todo con el hilo de la narración de Giraldi, que concluía su biografía mencionando la longevidad del poeta e insertando un poema tumultuario de un contemporáneo renacentista, como hemos dicho, y evocando un episodio, transmitido en un texto atribuido a Platón, de la vida de Anacreón. Según este texto, tras la caída de Polícrates, Hiparco de Atenas, protector de las artes, habría enviado un barco con cincuenta remeros por el Egeo para recoger a Anacreón y llevarlo a su corte. Giraldi reinterpreta la anécdota y da punto final a su biografía recontextualizando el episodio: al surcar mares, cruzar fronteras y llegar a Atenas, la fama del poeta se extiende por toda la tierra²⁰.

ANACREÓN Y LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Quevedo, que no menciona el episodio de los remeros ni lo utiliza para referir la “fama póstuma” con que cierra Giraldi su *vita*, lo sustituye por otra noticia transmitida por Valerio Máximo sobre la muerte de Anacreón: que se habría “ahogado con un granillo de uva que se le atravesó en la garganta”. A pesar de ser este otro de los tantos episodios que recoge la tradición literaria, después de desestimarlos por mendaz lo niega con una *refutatio*: “Tengo por tan mentirosa y soñada esta muerte, como la de Homero de los pescadores. Y pienso que Grecia, que siempre fue fabulosa, trazó este suceso por conveniente a la vida de Anacreonte” (133). Desestimar este otro episodio y achacar su origen al carácter fabuloso de los griegos refuerza todas las demás opiniones heredadas que ha venido impugnando a lo largo del texto por, según él, ser inverosímiles. Reconoce

²⁰ Este episodio lo transmite Heródoto, que lo recoge del diálogo de *Hiparco*, atribuido a Platón. También lo transmite Eliano en las *Variae Historiae* (Libro 8, cap. 2, pp. 146-147).

que no ha encontrado cómo murió el poeta y seguidamente introduce la tercera *quaestio*, que no figuraba en el texto de Giraldi: “Hay quien dice que Anacreonte no creyó la inmortalidad del alma y que decía que no había más de lo presente” (133). Resulta curioso, sin embargo, que Quevedo no se extienda en este último argumento, ni dé razones lógicas, como ha hecho antes, sino que se limite, para demostrar la opinión contraria, a presentar al mismo Anacreón como *auctoritas* incorporando a su argumento cuatro versos de su propia paráfrasis de una de las odas:

Viendo que ya mi cabeza
siente los robos del tiempo, etc.
Arrepentidos sollozos
doy, en lágrimas envueltos,
porque aguardé al postrer día
a temer muerte y infierno. (184-185)

Para la refutación de esta tercera *quaestio* Quevedo introduce como prueba irrefutable la obra misma del heleno (si bien traducida o parafraseada por él). En sus anotaciones del capítulo 15 de la *Poética* de Aristóteles, por ejemplo, deja constancia de este comentario sobre el pasaje en el que el Estagirita habla de la conexión entre cita de autoridad y testimonio: “Poeta / Los atenienses, en el pleito por Salamina, citaron a Homero por testigo; de donde se colige que el poeta en la filosofía y cosmografía ha de ser legal”. Comenta López Grigera (1998: 144, nota 41) que para Aristóteles podían ser testigos dos tipos de personas:

por un lado los antiguos: escritores, poetas, cuyas sentencias tienen validez de principios universales; y por otro los contemporáneos. Quevedo, interesado por toda referencia a los poetas o la poesía, señala que en Homero los poetas pueden valer como testigos en un juicio alejado en el tiempo.

No ha de extrañar, por lo tanto, que Quevedo desarrolle muy poco esta tercera *quaestio* que ha añadido a las dos de Giraldi y que en lugar de conjeturas use la *auctoritas* del propio Anacreón para zanjarla, por parecerle prueba irrefutable y contundente. El fragmento poético antes citado —perteneciente a Anacreonte y no a las *Anacreónticas*,

y transmitido por Estobeo— ha sufrido una especial transformación en la paráfrasis de Quevedo. En el griego original, la palabra que figura en el poema es *Tάρταρος*, es decir, el inframundo que, según Platón, era el lugar donde se juzgaban las almas y se castigaba a los malvados. Es evidente que, al decidirse por el término “infierno”, Quevedo, en su búsqueda de significaciones o lugares ocultos, también cristianiza el inframundo griego²¹. En la versión castellana del *Anacreón* de Quevedo no son pocos los conceptos o vocablos que denotan la integración de ideas neoestoicas y cristianas: “arrepentimiento”, “pena y premio”, “gloria”, y la traducción del vocablo “naturalidad” del original griego por “Dios” (Bénichou, 1960: 18, nota 1.) Para comentar la Oda II, por ejemplo, combina fragmentos extraídos de Cicerón, Estrabón y el *Libro de Proverbios*; en las glosas de la Oda IV añade el de la *Sabiduría*; y para la explicación de pasajes de la Oda XVII se sirve de *Proverbios* y *Eclesiastés*; este último texto bíblico, además, vuelve a ser invocado en los comentarios de la Oda XXXVI. En el proceso de traslado del texto de Giraldi al español, Quevedo recurre a la manipulación de pasajes, a la ambigüedad y la conjetura dialéctica para justificar su versión parafrástica de las odas de Anacreón. La moralización y cristianización de autores clásicos, y su integración al humanismo cristiano, fue práctica recurrente en la escritura de Quevedo y muy patente en gran número de sus textos poéticos y didácticos²². A pesar de que reconozca que Anacreón vivió en un tiempo en que no había cristianismo, como habían hecho muchos otros escritores medievales o renacentistas con autores antiguos como Ovidio o Virgilio, por ejemplo, y respaldado por la tradición patristica y humanística, Quevedo considera al griego un *anima naturaliter christiana*²³. Conjeturar sobre la inmortalidad del alma

²¹ El término griego *Tάρταρος* había pasado al latín de la *Vulgata* como la región a la que, según el apóstol Pedro, Dios echaba a los ángeles castigados: “Si enim Deus angelis peccantibus non pepercit, sed rudentibus inferni detractos in tartarum tradidit cruciandos, in iudicium reservari”, (II Petri 2,4).

²² Para la vinculación de las doctrinas cristiana y estoica en Quevedo, ver, como introducción al tema, Ettinghaussen (1972).

²³ Ver, por ejemplo, la “Dedicatoria” de Lipsio de su edición de Séneca (*L. Annaei Senecae philosophi opera quae exstant omnia*, 1605) para lo que considera el cristianismo de Séneca. Ver, para más detalles, Blüher (1983: 418 y ss).

del heleno era fundamental para sustentar la paráfrasis de las odas, de ahí que añadida al texto de Giraldi esta tercera cuestión.

Por lo tanto, poner de testigo al propio Anacreón como elemento de la *probatio* bastaba para demostrar la filiación del pensamiento del poeta antiguo con la doctrina cristiana. Declarado dogma en el V Concilio de Letrán en 1512, la inmortalidad del alma humana es un tema al que Quevedo volverá en sus últimos años, cuando hacia 1641 reescriba, a partir de borriones anteriores, la defensa de la inmortalidad en su *Providencia de Dios*²⁴. Volviendo a su “Vida de Anacreonte”, concluye Quevedo la *argumentatio* zanjando sumariamente esta cuestión y dando paso a una breve *peroratio*, en la que con un tópico ejemplo de *captatio* declara que “es todo lo que he podido hallar en disculpa de las calumnias de Anacreonte” (183) y recurre a unos versos de Virgilio pidiendo paz a los muertos, en otro intento de movilización de la afectividad del lector. Por ello no duda en calificar su parecer, que permea tanto los paratextos como la paráfrasis de las odas, de “más honesto y menos común, y más digno de la memoria de un hombre sabio, que en tantos años no se ha caído de la boca a la Fama” (185), concluyendo así, con esa suerte de epitafio, el requerimiento biográfico del *ex tempore quod est insecutum*. Al desestimar el cuadro biográfico “más docto” de Giraldi y reemplazarlo por el suyo “más honesto” pone en duda el quehacer humanístico del italiano y, señalando con el dedo la parcialidad de sus fuentes, genera lo que el derecho anglosajón conoce como “duda razonable” con estrategias de defensa muy marcadas. Nótese como las tres *quaestiones* tratadas las introduce Quevedo con construcciones retóricas que dejan en claro que son opiniones o conjeturas: “Porque dicen que a Batilo Pusión amaba Anacreonte”; “En lo que toca a desordenado Anacreonte, y borracho, tengo por disparate creer que lo fuese”; y “Hay quien dice que Anacreonte no creyó la inmortalidad del alma”.

²⁴ Para más detalles, ver Villanueva (2014).

El armazón biográfico de la “Vida de Anacreonte” busca demostrar, con autores y conjeturas, que las sospechas sobre la inmoralidad de Anacreón son producto de una mala lectura por parte del “sordo” Giraldi, de ahí la continua acumulación de pruebas que demuestran que el poeta, ‘pseudo-cristiano’, no tenía vicios que atentaran contra la moral y las buenas costumbres. La trabazón de paratextos y paráfrasis poética es innegable, y más aún cuando se trata de alinear las creencias de Anacreón con las de la religión cristiana. Quevedo se reapropia del texto latino de Giraldi y de las odas griegas de la colección para hacerlos coincidir con su postura filosófica y religiosa. Por ello no es de extrañar que en los comentarios de algunas de sus paráfrasis aparezca la huella de otro autor pagano, Focílides, también ‘cristianizado’ por Quevedo, y cuyo poema didáctico tradujo por los años en que componía su *Anacreón castellano*²⁵. Sin sospechar, como la gran mayoría de los hombres de letras de su siglo, que sendas obras no eran de los autores griegos, sino atribuciones, no duda en releer y traducir su pseudo-Anacreonte a la luz de su interpretación del pseudo-Focílides —“pues fue 96 años antes que nuestro poeta” (158)—, lo que le permite, con este otro testigo y compatriota casi contemporáneo de Anacreón, acentuar la afinidad del biografiado con la doctrina y la moral cristiana.

En la paráfrasis de la Oda II, “A los novillos dio naturaleza”, Quevedo señala que cree muy posible que Anacreón imitara o tomara toda la oda de Focílides (158). Habría que aclarar, sin embargo, los paralelos entre la obra de Focílides y la de Anacreón no son cosecha de Quevedo, que los retoma de las anotaciones latinas de la *princeps* de Estienne. Quevedo decide poner en tela de juicio la concordancia que el humanista francés ha encontrado entre ambos al “hacer un mismo estos dos lugares” y reinterpretar, “con perdón de su buena memoria” (159), el comentario del editor y traductor parisino. Los versos de Focílides que Quevedo traduce e incluye en los comentarios de la Oda II retoman similar enumeración de aves, leones, toros, abejas antes de llegar a los hombres, de quienes alaba la razón como la

²⁵ Para otros ejemplos de cristianización de autores paganos en la obra de Quevedo, ver Ettinghausen (1972) y Schwartz (2005).

mayor de las fuerzas naturales. La oda anacreóntica, que pasa revista a los dones que la naturaleza ha dado a toros, caballos, liebres, leones, peces, aves y hombres, culmina en la alabanza de la belleza femenina como la mejor de las armas que se puedan tener. Si la de Focílides contrasta a animales y hombres (razón), la de Anacreonte lo hace con la mujer (belleza), y en ello se basa Quevedo para desestimar la opinión de Estienne: “Solo mudó Anacreonte la conclusión en el modo, atribuyendo, lascivo, a la hermosura lo que, religioso, Focílides a la razón” (159). La diferencia que veía Quevedo en los dos poetas griegos queda clara en esos adjetivos contrapuestos: lascivo Anacreón, quizá utilizado este adjetivo más en su acepción etimológica de cosa deleitosa o lozana que de apetito carnal; y religioso Focílides. Prosigue Quevedo deshaciendo el comentario de Estienne, respaldando su lectura con pasajes de Píndaro, Virgilio, antes de concluir: “Bien creo que no se le huyó esto a tan valiente ingenio; quizá lo despreció. Mas acudamos ahora a que si Focílides lo dijera, como Enrico Estéfano quiere que lo dijese Anacreonte, pecaban contra toda verdadera Filosofía” (160). La nota se expande con otros comentarios de su elección, menciona haber consultado la versión latina de André y refiere fragmentos de Cicerón, Homero, Aristóteles, Opiano, Sófocles y Agatón.

Vuelve Quevedo a recabar la autoridad moral de Focílides en la paráfrasis de la Oda XXIII “Si grande copia de oro recogida” (269), donde la voz poética se quiere convencer de que no ha de perseguir el oro en vano ni lamentarse ya que su destino es morir, y por ello prefiere beber vino con sus amigos y deleitarse con los trabajos de Afrodita. Dice Quevedo: “Al religioso Focílides imitó en esto en su *Commonitorio*, donde llama al oro ‘*appetecibile damnum*’. L: ‘*Daño apetecible*’. No pongo aquí todo el lugar, por ser más parecido a otro en que Anacreonte trasladó a Focílides” (273). Después de contradecir a ambos autores con dos fragmentos de Píndaro, añade: “Y Focílides y Anacreón, que le imitó, hablaron de bienes naturales y del alma, y en esto no tuvieron por bien al oro”. En este fragmento anuncia otra concomitancia entre los dos autores griegos, que recoge en la Oda XLVI “No amar es pesada cosa” (377). A diferencia de las anteriores, donde va hilando sus comentarios a partir de los de Estienne para cuestionar aspectos de su traducción, aquí decide no

hacerlo por considerar las declaraciones del editor parisino “leves y flacas” (378). La oda es una imprecación al poder del oro, que causa guerras y muerte y destruye incluso a hermanos y enamorados. Según Quevedo, “Imitó en esta ode Anacreón a Focílides en la conclusión della” (378). Como señala Schwartz, los valores y conceptos morales más importantes sobre la justicia, la caridad, la filantropía y la moderación del poema didáctico de Focílides son “de constante aparición en las obras de Quevedo” (2015: 22-23), por lo que no es de extrañar que tanto él como el editor parisino Henri Estienne releyeran las odas de la colección a la luz de las sentencias morales de Focílides. Desde el punto de vista jurídico, lo que hace Quevedo al acudir a la autoridad de Focílides es valerse de la prueba testifical para la máxima y definitiva sustentación de sus argumentos.

La defensa de la vida y obra de Anacreón, compuesta en lo que se ha considerado como el periodo “filológico”²⁶ de Quevedo, no es la única que compusiera por estos años ni la única en la que privilegia los recursos del discurso judicial: en la *España defendida y los tiempos de ahora, de las calumnias de los noveleros sediciosos* prueba sus fuerzas contra humanistas de la talla de Julio César Escalígero o Marco Antonio Muret, esta vez en defensa no de Anacreón, sino de la patria, España, y sus escritores antiguos: Quintiliano, Lucano, Séneca y Marcial; o la *Defensa de Epicuro*, otro de esos filósofos paganos cuya doctrina interpretó en clave neoestoica y bíblica²⁷. Asimismo, quiso escribir (o pudo haberla escrito) una defensa de Homero, cuya imagen, como las de Epicuro y Anacreón, según él, fueron malentendidas por malicia, en particular por Escalígero²⁸.

²⁶ Ver Jauralde (1999), en particular los capítulos IV, V y VI; y López Poza (1995).

²⁷ El volumen, publicado en 1635, recoge textos que posiblemente comenzó a redactar en años cercanos a su paráfrasis del *Anacreonte: Epicteto, y Phocílides en español con consonantes, con el Origen de los estoicos, y su defensa contra Plutarco, y la Defensa de Epicuro, contra la común opinión* (Madrid, Pedro Coello, 1635). Para más detalles sobre la *Defensa de Epicuro*, a quien Quevedo considera contrario a los vicios y favorable a un deleite virtuoso (“Epicuro puso la felicidad en el deleite, y el deleite en la virtud, doctrina tan estoica...” (1986: 5), ver Ettinghausen (1972: 43-56).

²⁸ Para referencias a esta obra, a la que alude en una carta a Lipsio de 1590, en el *Anacreón castellano, la Política de Dios* y en la *España defendida*, ver Schwartz

Al igual que culpaba a Giraldi de sordera intelectual por hacerse eco de opiniones parciales sobre Anacreón, las sospechas de la conducta de Epicuro son, según Quevedo, producto de la calumnia y la infamia, o, como dice desde el título, “la opinión común”. En las primeras páginas de su *Defensa de Epicuro* señala: “No es culpa de los modernos tener a Epicuro por glotón y hacerle proverbio de la embriaguez y deshonesta lascivia” (1986: 4). Uno de los asuntos más espinosos que trata Quevedo sobre el filósofo griego es el relativo a la inmortalidad del alma que, como hemos visto, se repite en la *vita* de Anacreón. En el caso de Epicuro, Quevedo sustenta su defensa en la autoridad de Séneca, y se basa, para este punto en específico, en la *Carta del día postrero*, en la que un Epicuro agonizante llamaba ‘día feliz’ aquel en que estaba a punto de expirar (Acosta, 1986: lxxvii). Quevedo interpreta este comentario a la luz del *Libro de la Sabiduría* y concluye que “[l]as señas de hombre sin Dios son gozar de todos los placeres y gustos, porque no creen otros; empero no gozar de ninguno y abstenerse de todos es llamar bienaventurado el día de la muerte, señas son de creer otra vida” (1986: 34-35).

Es interesante también notar que la *Defensa de Epicuro* pudo haberse concebido como prólogo de *Doctrina estoica* en su fase inicial (Ettinghausen, 1972: 43-44), a modo de un *accessus ad auctores*, como es el caso de la reescritura quevediana de la “Vida de Anacreonte”. La diferencia radica en que esta última está vertida en el molde de la biografía, matriz en la que Giraldi compuso su texto, y no así la primera. Si Anacreón es tamizado por la autoridad de Eliano, Ateneo y los versos de Focílides, Epicuro lo será fundamentalmente por la obra de Séneca. “Reconoce Séneca a Epicuro por estoico en la división de los bienes; yo le reconozco por el mejor estoico en la tolerancia de los últimos dolores” (1986: 29), llegó a decir Quevedo del filósofo griego. Llama también la atención otra coincidencia de fuentes, en este caso el *De varia historia* de Eliano, obra de la que se sirvió Quevedo como crítico literario para defender la vida y la obra de ambos autores de la gentilidad; si en el *Anacreón*

(2006: 9-10); Moya del Baño (2014: 286). Para la relación entre estas obras de defensa de Epicuro, Anacreonte, Homero y España y el *Sueño de la muerte*, donde Quevedo defiende a personajes del refranero, ver Iventosch (1962).

Quevedo se apoya fundamentalmente en Ateneo y Eliano para ‘desmentir’ a Giraldi, en el *Epicuro*, para descalificar las opiniones de Cicerón, entretejió los datos extraídos de Séneca y Diógenes Laercio con otros transmitidos por Eliano²⁹.

La “Vida de Anacreonte, sacada de los IX libros de Lilio Gregorio Giraldo en la *Historia de los poetas*, corregida y aumentada en disculpa de Anacreonte, con autores y conjeturas” explota al máximo los mecanismos retóricos de las citas de autoridades y la argumentación para defender la vida y obra del poeta, como se anunciaba ya desde la “Advertencia”. No queríamos dejar de traer a colación, antes de concluir, el *incipit* y *excipit* del manuscrito del *Anacreón* para comprobarlo. La cita inicial, que interpola seguida del título, nos dice Quevedo, es de Anfis:

Inest igitur, ut apparet in vino quoque ratio:
Nonnulli vero, qui bibunt aquam, stupidi sunt (246).

Al rastrear la huella de Anfis, autor de comedia griega muy poco conocido en las letras renacentistas, vemos que lo que de él se sabe se lo debemos a las antologías de Ateneo y Estobeo, de las cuales, como hemos dicho, Quevedo acopia gran parte de sus argumentos de defensa³⁰. Es precisamente en la del primero, en la *Antología*, que se recoge esta expresión del autor cómico que Quevedo utiliza como exordio para, por razonamiento retórico-dialéctico, concluir, desde el principio mismo del manuscrito, que Anacreonte, por no beber

²⁹ De este último dice, por ejemplo “Nada dejó por decir Eliano en defensa de Epicuro...” (1986: 36); o “Yo no califico a Epicuro, refiero las calificaciones que hallo escritas de su doctrina y costumbres en los mayores hombres de la gentilidad, diligencia hecha primero por Diógenes Laercio, por Eliano, por Séneca, por Cicerón, y en nuestros días por Arnaudo...” (1986: 39-40). Dicho sea de paso, además de defenderlo con estas autoridades, recurre al “juicio del Señor de Montaña” (1986: 50), es decir, Montaigne.

³⁰ Lo que sabemos de Anfis, autor de la comedia griega media, se lo debemos mayormente a Ateneo. De los 49 fragmentos de Anfis que nos han llegado, 30 los cita Ateneo y 5 Estobeo (*Oxford Handbook of Greek and Roman Comedy*, 2014: 670). Entre el título y la frase de Anfis, añade una nota en latín (*Nihil ad me*) alrededor de un globo en el manuscrito con la que busca distanciarse él, como parafrasta de los versos, de un poeta tachado de inmoral.

agua sino vino, fue un hombre agudo y perspicaz. La frase del *excipit*, por si no ha quedado claro desde el inicio que una cosa es escribir sobre los vicios y otra es practicarlos, es de Marcial: “*Lasciva est nobis pagina, vita proba. / L.: La vida es buena aunque es vicioso el libro*” (427). Estos versos del epigramista latino tienen un precedente en los de Catulo (“*Nam castum esse decet pium poetam / ipsum, versículos nihil necesse est*”) y se convirtieron en un tópico (la *lex Catulliana*) muy frecuentado en el Renacimiento y Barroco al que recurrió Quevedo para desligar, en el caso de Anacreón, el carácter de la obra de la moral del poeta³¹.

En suma, tomando la *vita Anacreontis* como texto base, Quevedo estructura la defensa de la causa de Anacreón contestando a las acusaciones de Giraldi apoyándose en pruebas documentales, testificales y silogismos retóricos para echar por tierra las opiniones de la otra parte y modificar, en consecuencia, la recepción de la vida del autor griego, haciéndola coincidir con el punto de vista filosófico y moral de la España contrarreformista de su tiempo. La “Vida de Anacreonte”, además, es un ejemplo paradigmático de la manera en que se podía reescribir el texto de un mediador renacentista como Giraldi, y del uso interesado de la traducción y de la lógica retórica suasoria como podía entenderla un autor humanista que dialogaba tanto con los clásicos antiguos como con sus mediadores renacentistas. La adaptación a la que somete el texto es, por lo demás, un rasgo esencial de la traducción cultural (Burke y Po-chia Hsia, 7-10). Inseparable de los demás textos preliminares que conforman el aparato crítico y de la paráfrasis misma de las odas, en conclusión, la biografía de Quevedo filtra la interpretación del conjunto, en consonancia con lo que Peter Burke ha denominado el “principio de la confirmación”, y según el cual se manipulan las traducciones, de forma directa o indirecta (por medio de paratextos tales como prefacios o epístolas al lector) para apoyar ideas o prejuicios presentes en la cultura receptora (2007: 20). Con ello, esperaba Quevedo haber convencido a los lectores, a quienes pone por jueces del conflicto

³¹ Ver Ford (2011). Ver, por ejemplo, Montaigne: “Le dire est autre chose que le faire: il faut considerer le presche à part et le prescheur à part”, en “De la colère”, Libro 2, cap. 31.

que opone a las partes, de la inocencia del autor heleno antes de que procedieran a la placentera lectura de la paráfrasis de las odas.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta Méndez, Eduardo, “Estudio preliminar”, *Defensa de Epicuro* de Francisco de Quevedo, Madrid, Tecnos, 1986, pp. xvii-lxxxvii.
- Aristotle, *On Rhetoric*, trad. George A. Kennedy, New York, Oxford University Press, 2007.
- Azaustre, Antonio, “Técnicas de argumentación retórica en *Su espada por Santiago*, de Francisco de Quevedo”, *Criticón*, 71, (1997), pp. 105-115.
- Azaustre, Antonio, “La argumentación retórica en el *Memorial por el patronato de Santiago*, de Francisco de Quevedo”, *Edad de Oro*, 19, (2000), pp. 29-64.
- Azaustre, Antonio, “Cuestiones de poética y retórica en los preliminares de Quevedo a las poesías de fray Luis de León”, *La Perinola*, 7, (2003), pp. 61-102.
- Azaustre, Antonio, “Citas de autoridades y argumentación retórica en las polémicas literarias sobre el estilo culto”, *Signa*, 14, (2005), pp. 37-72.
- Azaustre, Antonio y Juan Casas, *Manual de retórica española*, Barcelona, Ariel, 2011.
- Bénichou-Roubaud, Sylvia, “Quevedo helenista (el *Anacreón castellano*)”, *NRFH*, XIV,1-2, (1960), pp. 51-72.
- Biblia Sacra. The Holy Bible in Latin and English. New Testament and Psalms*, Ex Fontibus Company, MMIX.
- Blüher, Karl, *Séneca en España. Investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XIII hasta el siglo XVII*, trad. Juan Conde, Madrid, Gredos, 1983.
- Burke, Peter, “Cultures of Translation in Early Modern Europe”, en P. Burke, y R. Po-Chia Hsia (eds.), *Cultural Translation in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, pp. 7-38.
- Castanien, D. G., “Quevedo’s *Anacreón castellano*”, *Studies in Philology*, LV, 4, (1958), pp. 568-569.
- Elianus, Claudius, *Variae historiae: Cum notis Ioannis Schefferi Argentorati*, Spoor, 1647.
- Ettinghausen, Henry, *Francisco de Quevedo and the Neostoic Movement*, Oxford, Oxford University Press, 1972.
- Ford, Philip, “Obscenity and the *Lex Catulliana*: Uses and Abuses of Catullus 16 in French Renaissance Poetry”, en Hugh Roberts, Guillaume

- Peureux, Lise Wajeman, (eds.), *Obscenités Renaissances*, Geneva, Droz, 2011, pp. 48-62.
- Giraldi, Lilio Gregorio, *Historiae poetarum tam Graecorum quam Latinorum dialogi decem*, Basileae, Isengrin, 1545.
- Gutiérrez, Carlos M., *La espada, el rayo y la pluma: Quevedo y los campos literario y de poder*, West Lafayette, IN, Purdue UP, 2005.
- Ivenstoch, H., “Quevedo and the Defense of the Slandered: The meaning of the Sueño de la Muerte, The Entremés de los Refranes del Viejo Celoso, The Defensa de Epicuro, etc.”, *Hispanic Review*, 30.2, (1962), pp. 94-115.
- Izquierdo, Adrián, “La traducción del Anacreón castellano de Quevedo en su tiempo”, en A. Bègue y E. Herrán, (dirs.), *Pictavia aurea. Actas del IX Congreso de la AISO*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 2013, pp. 229-238.
- Izquierdo, Adrián, “Paráfrasis y experimentación poética en el *Anacreón castellano* de Quevedo”, en Sagrario López, Mariano de la Campa, Isabel Pérez, Susan Byrne, Almudena Vidorreta (eds.), *Docta y sabia Atenea. Studia in honorem Lía Schwartz*, SIELAE/ Hispanic Society of New York, 2019, pp. 315-337.
- Jauralde, Pablo, *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid, Castalia, 1999.
- Kennedy, George A., *On Rhetoric*, by Aristotle, New York, Oxford University Press, 1991.
- Kennedy, George, *Classical Rhetoric and Its Christian and Secular Tradition from Ancient to Modern Times*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999.
- Lausberg, Heinrich, *Manual de retórica literaria*, Madrid, Gredos, 1983
- López Grigera, Luisa, *Anotaciones de Quevedo a la “Retórica” de Aristóteles*, Salamanca, Gráficas Cervantes, 1998.
- López Poza, Sagrario, “Florilegios, polyantheas, repertorios de sentencias y lugares comunes. Aproximación bibliográfica”, *Criticón*, 49, (1990), pp. 61-76.
- López Poza, Sagrario, “La cultura de Quevedo: cala y cata”, en Santiago Fernández Mosquera (coord.), *Estudios sobre Quevedo. Quevedo desde Santiago entre dos aniversarios*, Santiago de Compostela, Universidad, 1995, pp. 69-104.
- López Poza, Sagrario, “Polianteas y otros repertorios de utilidad para la edición de textos del Siglo de Oro”, *La Perinola* 4, (2000), pp. 191-207.
- López Poza, Sagrario, “La difusión de la Antología griega en el Siglo de Oro”, en Begoña López Bueno (ed.), *En torno al canon: aproximaciones*

- y estrategias (VII Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro), Sevilla, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 2005, pp. 15-67.
- Lyra graeca*, vol. II, ed. y trad. J. M. Edmonds, London, New York, 1927.
- Mayer Thomas, and D. R. Woolf, "Introduction", *The Rhetorics of Life-Writing in Early Modern Europe. Forms of Biography from Cassandra Fedele to Louis XIV*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1995.
- Mendes, Sigmund, "Prácticas filológicas y literarias en el *Anacreón castellano* de Quevedo", *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios griegos e indoeuropeos*, vol. 4, (2014), pp. 245-272.
- Montaigne, Michel de, *Essais*, ed. V.L Saulnier, Paris, Presses Universitaires de France, 1965.
- Morros, Bienvenido, "Las fuentes y su uso en las Anotaciones a Garcilaso", en *Las "Anotaciones" de Fernando de Herrera. Doce Estudios*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad, Grupo PASO, 1997, pp. 37-89.
- Moss, Ann, *Printed Commonplace-Books and the Structuring of Renaissance Thought*, New York / Oxford, Clarendon Press, 1996.
- Moya del Baño, Francisca, "Con pocos pero doctos: Quevedo espejo de los clásicos", en A. Alvar Ezquerro (coord.), *Actas del XI Congreso de la Sociedad Española de Estudios Clásicos*, Madrid, Sociedad Española de Estudios Clásicos, III, 2006a, pp. 346- 417.
- Moya del Baño, Francisca, "Catulo, Ovidio y Propertio en el Anacreón de Quevedo", en E. Calderón, A. Morales y M. Valverde (eds.), *KOINÒS LÓGOS. Homenaje al profesor José García López*, Murcia, Universidad, 2006b, pp. 699-711.
- Moya del Baño, Francisca, *Quevedo y sus ediciones de textos clásicos: las citas grecolatinas y la biblioteca clásica de Quevedo*, Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2014.
- Núñez Rivera, Valentín, "Quevedo y la traducción bíblica: tradiciones y contextos. (En torno al *Cantar de los Cantares*)", *La Perinola*, 10, (2006), pp. 225-243.
- Oxford Handbook of Greek and Roman Comedy*, Michel Fontaine, Adele C. Scafuro, (eds.), Oxford / New York, Oxford University Press, 2014.
- Pérez Jiménez, Aurelio, "Sí, el Quevedo del Anacreón, helenista", en A. Pérez Jiménez y P. Volpe Cacciatore (eds.), "*Musa Graeca Tradita, Musa Graeca Recepta*". *Traducciones de poetas griegos (Siglos XVI-XVII)*, Zaragoza, Pórtico, 2011, pp. 103-130.
- Pindari Olympia, Pythia, Nemea, Isthmia, caeterorum octo lyricorum carmina: Alcaei, Sapphus, Stesichori, Ibyci, Anacreontis, Bacchylidis, Simonidis, Alcmanis, nonnulla etiam aliorum*, Paris, H. Stephanus, 1560.

- Quevedo, Francisco de, *Anacreón castellano*, ed. de Elena Gallego Moya y J. David Castro de Castro, SIELAE, A Coruña, 2018.
- Quevedo, Francisco de, *Defensa de Epicuro*, ed. E. Acosta Méndez, Madrid, Tecnos, 1986.
- Quintilianus, Marcus F., *Institutio oratoria*, ed. H. E. Butler, Cambridge, Loeb Classical Library, 1920-1922.
- Rosenmayer, Patricia, *The Poetics of Imitation: Anacreon and the Anacreontic Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
- Schwartz, Lía, “Las preciosas alhajas de los entendidos: un humanista madrileño del siglo XVII y la difusión de los clásicos”, *Edad de Oro*, 17, (1998), pp. 213-230.
- Schwartz, Lía, “Un lector áureo de los clásicos griegos: de los epigramas de la *Antología griega* a las *Anacreónticas* en la poesía de Quevedo”, *La Perinola*, 3, (1999a), pp. 293-324.
- Schwartz, Lía, “Quevedo y las antigüedades griegas: los *Deipnosophistae* en su obra”, *Actas del V Congreso de la AISO*, 1999b, pp. 1190-1201.
- Schwartz, Lía, “El Anacreón castellano y las Eróticas de Villegas: lecturas de la poesía anacreóntica en el siglo XVII”, en J. M. de Bernardo Ares (ed.), *El Hispanismo anglonorteamericano: aportaciones, problemas y perspectivas sobre historia, arte y literatura españolas (siglos XVI-XVIII)*, Córdoba, Cajasur, 2001, pp. 1171-1201.
- Schwartz, Lía, *De Fray Luis a Quevedo. Lecturas de los clásicos antiguos*, Málaga, Universidad de Málaga, 2005.
- Schwartz, Lía, *Política y literatura en Quevedo: el prudente consejero de la Monarquía*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006.
- Schwartz, Lía, “Dos traducciones del griego de Quevedo: Epicteto y Focílides en español con consonantes”, en Flavia Gherardi y Miguel Ángel Candelas Colodrón (eds.), *La transmisión de Quevedo*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 2015, pp. 15-28.
- Thucydide, *L’histoire de Thucydide, de la guerre du Péloponèse, continuée par Xénophon*, traduction de Nicolas Perrot d’Ablancourt, Paris, Chez Augustin Courbe, 1662.
- Villanueva, Jesús, “Quevedo y los ateístas: aproximación al contexto polémico de la *Providencia de Dios* (1642)”, *La Perinola*, 18, (2014), pp. 215-232.